

## Sólo hay huella en el desierto \*

Con Emmanuel Levinas

*Edmond Jabès*

Yo sé que él existe. Lo veo. Lo toco; pero ¿quién es él y quién soy yo? Lo sabemos uno del otro, uno por el otro. A partir de allí...

Ese rostro que es posiblemente el rostro de un rostro olvidado, vuelto a encontrar. -El mío antes del mío, ¿o después?-

El decir de esta voz que tal vez sólo sea la voz de un decir indecible que dice su infortunio, y, por lo tanto, no dice nada.

El vacío del dicho donde se pierde lo dicho, donde nos perdemos.

Y, sin embargo...

La pasividad de una ausencia que atormenta.

Sólo hay huella en el desierto, sólo hay voz en el desierto.

La acción es el pasaje, la errancia.

De lo indecible a lo indecible.

¿Abandonar el lugar conocido, vivido -el paisaje, el rostro-, por el lugar desconocido -el desierto, el nuevo rostro, el espejismo?

El rostro infinito de la nada, con su peso de Nada, de todos los rostros reducidos a uno, el mío, perdido.

Entonces, ¿el pasaje? -Tal vez lo que no tiene fin ni comienzo, el trazo móvil, la no-huella de una huella ardiente; sensibilidad viva de la arena y de la piel en sus extremidades.

En la piel, la huella; en el corazón.

---

\* Edmond Jabès, "Il n'y a de trace que dans le désert. Avec Emmanuel Levinas", en *Le livre des marges*, Fata Morgana, Paris, 1984.

Tal vez esta huella sea la proximidad del rostro, la proximidad siempre diferida, revelada; la que nos lleva al infinito.

La que late en nuestros pechos.

El ritmo sería, entonces, la intuición de la huella. Nosotros seríamos la huella.

Si soy la huella, no puedo serlo sino para el otro; pero si el otro es un prójimo, un otro del otro, ¿quién advertirá la huella? Acaso el otro es el abismo de la huella.

Pensamiento abismal, escritura del abismo. En el borde. Pero ¿y si la huella está en mí, corre, palpita en mí? Cada pulsión de mi cuerpo es huella registrada, contada. La fiebre -el amor, el dolor, el delirio- multiplica la huella. La huella está ligada al ser, a la esencia, como al vacío del que huella podría ser la sonoridad.

## II

De esta huella, un rostro. ¿Cuál? Todo está en el rostro, y nada; en la desaparición del rostro que renace de su desaparición, que emerge de la nada de sus rasgos olvidados, perdidos, restituidos por la muerte; como si la muerte conociera el rostro, todos los rostros, en sus particularidades o en su banalidad que confunde, infortunio de la semejanza. Con su nombre: rostro del nombre pronunciable o innombrable.

Esta obsesión por el rostro que se vuelve ella misma rostro, huella obsesionada por el pasaje; el pasaje que desposa la forma del rostro, que esculpe sus rasgos. El rostro testigo, mudo, conversador, escuchado, sorprendido en falta.

El nombre es, sin duda, la huella; ¿pero a quién pertenece ese nombre? El nombre como nombre, como vocablo. El nombre como prueba imposible.

Que el rostro duerma, que se despierte el rostro, es la misma huella de sombra o de claridad.

Pisotear la huella es pisotear el rostro.

Sobre tales caminos sería necesario marchar con la boca, avanzar con los labios para besar la huella. El amor protege el camino.

¿Pero hay un camino donde no hay huella?

Ayer es la huella de mañana; pero mañana se quiere sin huella, virgen; o, más bien, se querría, ya, en nuestra espera, huella anunciadora de su venida; su propia huella anticipada. Ayer sería entonces la promesa de una huella siempre por venir. Y así, de mañanas en mañanas, se marcaría la huella; huella del porvenir. Lo que viene sería, de alguna manera, lo que habría dejado huellas en el seno de lo que es diariamente esperado, aguardado; la huella de la esperanza y la esperanza como huella.

Y también el miedo, porque la muerte es, a la vez, la huella temida y la pérdida de toda huella.

Entonces, ¿el rostro? -Tal vez lo que se da, en su universalidad, como huella humana, divina; como razón -motivo- del pasaje y figura de su indestructible ausencia; lo que se apaga y se ilumina en el rostro del otro vuelto noches y mañanas de su inasible rostro, lo absolutamente otro de todo rostro.

Vuelto nuevamente nada; pero también espejo de Nada, reflejo de su espejo resquebrajado, de su óvalo resquebrajado en la distancia reflejada.

¿Sería la muerte la única huella? ¿Pero cómo se marcaría?

No sólo no se marcaría sino que, por el contrario, se libraría de cualquier huella investida. Se brindaría incluso por esta liberación, su playa y su cima, mientras el océano rugiría y el viento soplaría alrededor, aturdiendo la huella inexistente, ensañándose en ella hasta marcarla con su sal y trastornarla con su inmenso aliento; como si hubiese sido descubierta, captada en su deslumbrante negación, en su transparencia inviolable.

### III

En estos límites, ¿qué deseo se atrevería a presentarse como deseo, sino el infinito deseo, el cielo intocable al pie del cual vinieron a morir nuestro deseos, con nuestro límites; sino el azul enamorado del azul, más allá de los horizontes?

Esta tensión hacia el otro rostro como surgido de las nubes o de la pura luz de las alturas insospechadas; esta ciega atracción por el rostro lejano que engeguece; esta crispación de los rasgos ante la cercanía real o imaginaria de otros rasgos, semejantes en su aparente diferencia; este llamado reprimido, contenido, hasta tal punto que no es más que necesidad, deseo, esperanza de un llamado en medio de todos los llamados, de todos los encuentros y de todos los rechazos; este clamor, este breve rumor, este desorden y esta confusa satisfacción que nos amenaza, que se cierne, de la que somos los herederos o las víctimas; este amor del amor, este dolor del dolor, esta huella de la huella, ¿quién los revelaría revelándose, quién los explicaría explicándose? -¿Tal vez esta “tercera persona” “más allá del ser” “que no se define por el sí mismo”? ¿Pero se trata de eso? Salvo que esta “tercera persona”, este tercer personaje, sea la muerte, esta realidad ausente en nombre de la cual toda realidad naufraga en su nombre.

### IV

El Bien -lo que es, ante todo, bueno en sí para el otro, y, en el otro, bueno para sí-; este lazo, esta solidaridad íntima, rechazada, exhibida; esta anunciación, este advenimiento del rostro hundido, vacío; esta lejanía que se insinúa, que se perfila en el espacio, formándose y deshaciéndose; este espacio recogido, replegado un instante sobre sí mismo para aparecer como la imagen de lo que es sin imagen, y, no obstante, durante tanto tiempo mirada, amada -¿Qué está más próximo que un rostro? Como en el corazón de la fe, en el umbral y al término de toda proximidad resplandece el rostro-; este temblor imperceptible, se podría decir el de una hoja contra

otra hoja; este débil, ligero, aéreo contacto de lo febrilmente desnudo con lo desnudo mismo; este deshojamiento que evoca, en su miseria natural, el árbol y también el libro; todo esto y, además, este sobrecogimiento, este choque repentino, esta aprehensión y este maravillamiento frente a lo desconocido, desde siempre conocido pero tan perdido en el recuerdo, tan desfigurado, ¿es ésta la verdad, la verdad que no nos atrevemos a nombrar directamente; tanto ella se nos escapa, y de la verdad el irreconocible rostro a través del cual el nuestro accede a su verdad, como si necesitaríamos visualizar sus rasgos invisibles a los nuestros para creer en él y, poco a poco, verlo allí donde sólo es el presentimiento, el deseo ardiente, la loca exigencia que tenemos de su presencia -una imagen sublimada-, a la que estamos eternamente consagrados como el azul del aire al azul del mar; rostro anterior al día, liso y alisándose cada vez más ante cada una de sus manifestaciones, de sus efímeras -fatales-metamorfosis, hasta la transparencia total ¿última?

## V

Dios, como lo totalmente Otro del otro, y como si fuera necesario familiarizarnos, ante todo, con el rostro del otro, compartir con él la responsabilidad para alcanzar, por su intermedio, lo totalmente Otro sin rostro; como si de todos los rostros desaparecidos resplandeciera, ahora, la pérdida del Suyo; como si El hubiese pagado, con Su rostro, la pérdida de todos los nuestros.

Allí está el desamparo; la desesperación del amor en el amor, el infinito dolor en el dolor, el delirio en su paroxismo en el delirio. Allí está la pasividad desgarrada en su soberanía profunda. Allí, como en un precipicio sin fondo, como lo negro de toda noche.

¿Hasta dónde llega nuestra responsabilidad? La nada es forjada con nuestras manos.

## VI

Entonces, la pregunta.

Preguntar es carecer de posesión durante el tiempo en que se la formula; es carecer de posesión en la posesión, sin vínculo en el vínculo. Desunido con el fin de unirse aún más completamente para desunirse de nuevo; es hacer del *adentro* un *afuera* perpetuo; es liberarlo y, de esta libertad, gozar y morir.

Plantear, volver a plantear preguntas crueles. Doble responsabilidad.

Soy. Llego a ser. Escribo. Escribo sólo para llegar a ser. Soy sólo lo que llego a ser, el que a su turno deja de ser para llegar a ser el otro que ha sido siempre en potencia. Soy todos los otros que seré. No seré. Ellos serán yo, que no puedo ser.

La pregunta deja detrás de sí un blanco -la hoja-.

El escrito se borra en el escrito. El negro se vuelve blanco en el negro. El blanco permanece.

El blanco es contagioso. El negro se abre al blanco que colma su abertura. La duración es blanca.

Lo dicho no deja huella. Es siempre lo ya dicho, la huella salteada -¿abandonada?-

Ir al descubrimiento de la huella es, tal vez, seguir escribiendo, girar alrededor de la huella inhallable.

Toda huella de palabra está en la palabra.

La palabra es una sobrecarga de nada.

Alianza del paso y de la huella. ¿El paso es el término de la huella? A no ser que la huella sea el término del paso.

...ese paso, como un pozo.

La pregunta por la palabra, la pregunta por el escrito, la pregunta por el libro, son preguntas a la blancura, al vacío, a la nada.

El pasaje. El paso del sabio, de la sabiduría -¿o del loco?-

El blanco es pasaje en la muerte.

El agua del pasaje calma nuestra sed de desconocido.

Lo desconocido es el último pasaje, el más peligroso. La muerte, en este sentido, es un desplazamiento de lo desconocido.

Escribir sólo sería una forma de morir de las palabras de su muerte, y la huella el develamiento progresivo de una sombra, oh blancura última.

Bajo esta blancura yacemos.

Bajo este inmaterial rostro blanco.

“El cielo estaba sólo un poco más oscuro y más  
alto”

René Daumal.

“El espíritu nunca le da descanso a la letra que  
lo revela”

Emmanuel Levinas.

“Todos los grandes místicos de todas las

religiones que podemos experimentar, serían  
nuestros si hubiesen roto las ataduras de su  
religión

“...de allí nuestra tendencia ideal a cuestionar  
todo en todos los instantes”

Roger Gilbert-Lecomte.)

*Traducción de Oscar del Barco*